

KARL MAY

Mi autor, mi amigo: Karl May

por Mercè Company



Karl May.



Mercè Company.

La obra de Karl May

Me resulta bastante difícil expresar con palabras de persona adulta lo que me comunicaron las historias que escribía Karl May.

¿Fue quizás mi primer autor? No lo recuerdo, pero sí sé que se convirtió en *mi autor*.

Karl May presentaba a sus persona-

jes como personas de carne y hueso, con sus grandezas y miserias, sus dudas y contradicciones, pero con una particularidad que lo hacía diferente a todos: incomprensiblemente, estaba al lado de los indios; conocía sus costumbres, respetaba sus tradiciones, admiraba su valor y su nobleza. Y de este conocimiento, de este respeto, de

esta admiración empapaba las historias y a sus personajes entre los que sobresalía, con luz propia, Winnetou.

«Tiene usted la suerte de conocer en este momento al cabecilla indio más famoso de la América Septentrional, o sea, a Winnetou, el caudillo de los apaches. Es la personalidad más distinguida y sobresaliente entre los indios: su fama resuena en todos los palacios, en todas las chozas y en todos los campamentos, porque es justo, prudente, sincero, fiel, arrogante y valiente hasta la temeridad: maestro en todas las armas, sin doblez ni engaño, amigo y protector de todos los necesitados, sean blancos o rojos. Se le conoce y aprecia en toda la extensión de los Estados Unidos y más allá de sus límites, como el héroe más digno y célebre del Occidente», me dijo Old Death.»¹

A su lado, un tanto oscurecido por el caudillo apache, el fiel amigo, el alemán amigo de los indios, Old Shatterhand, propietario de una magnífica carabina con la que disparaba veinticinco cartuchos sin parar y, al propio tiempo, el narrador en primera persona de las historias. Karl May nos presenta a Old Shatterhand («Llámeme usted Charley, como los demás amigos. Ahí va mi mano»),² probablemente su alter ego, como un escritor alemán:

«A todo esto, ¿quién es usted?» 'Un hombre que escribe libros' '¿Usted escribe libros?' Y al decir esto Sens-ear retrocedió un paso, poniendo una cara entre meditabunda y compasiva, mientras decía, llevándose un dedo a la sien para que no quedara duda respecto de la enfermedad a que aludía: '¿Está usted enfermo, sir?' 'No',

KARL MAY

contesté yo. '¿Que no? Pues entonces le entenderá a usted el oso de la selva. Yo, cuando mato un bisonte lo hago para comer. ¿Qué motivos tiene usted para escribir sus libros?' 'Los escribo para que el público los lea'. 'Sir, no se enoje usted; pero este es el mayor disparate que puede hacerse. El que tenga ganas de leer que se escriba sus propios libros. (...) Pero en tal caso, ¿a qué viene usted a la pampa? ¿Viene usted, por ejemplo, a escribir sus libros aquí?' 'No, señor; los escribiré cuando haya regresado a mi país, y en ellos referiré todo lo que he visto y oído en estas tierras; y la gente lo leerá y sabrá entonces qué ocurre en la pampa, sin tener necesidad de venir a verlo en persona'.»³

Para unos, Old Shatterhand, es un explorador; para otros, un *westman* de los pies a la cabeza; para todos el hermano blanco de Winnetou, y por ello, temido y respetado. Este escritor metido a explorador, que mantenía siempre su equipo y vestimenta impecable, había aprendido al lado de Winnetou todo lo que había que saber para vivir y sobrevivir en un ambiente extremadamente duro y peligroso. Así, tanto era capaz de montar un caballo a pelo, como entrar o salir de un campamento repleto de enemigos sin hacer el menor ruido, como hacer un agujero en un dólar de plata flotando en el aire. Pero de estas habilidades, *Charley* no hacía ostentación, es más, uno de sus mayores placeres era aparentar ser un novato en esas lides y no darse a conocer hasta que la ocasión lo requiera. Asimismo, gozaba de un fino sentido del humor que difícilmente perdía. En ningún momento pues, este personaje rezumaba petulancia ni soberbia, y sí una gran admiración para Winnetou, para el cual no escatimaba elogios.

El marco de las historias protagonizadas por ambos personajes es amplio y cuajado de referencias históricas contemporáneas del momento:

«Además, Tejas, al estallar la guerra civil norteamericana, se había declarado en favor de la secesión, colocándose así al lado de los Estados partidarios de la esclavitud de los negros. (...) En realidad la población de Tejas era francamente republicana y ado-

raba a Juárez 'el héroe indio', que había osado hacer frente a Napoleón III y al descendiente de la poderosa casa de los Habsburgo.»⁴

Karl May me enseñó a través de Winnetou y Old Shatterhand muchas cosas, entremezcladas las unas con las otras: qué significaba la amistad, la nobleza, la muerte; el valor de la palabra dada, la sinceridad, el compañerismo, la lealtad y el concepto de libertad, junto a algo tan fascinante como la forma de envolver los cascotes de los caballos para no dejar huellas ni hacer ruido; cómo provocar una estampida de búfalos y, a la vez, frenarla; el sabor de la sangre de un lobo cuando te mueres de sed...

También ellos dos, junto con otros personajes tan entrañables como el viejo *Sans-ear*, me explicaron que fueron en realidad los blancos quienes «inventaron» la costumbre de cortar las cabelleras, en este caso a los indios. Que los indios desconocían las armas de fuego y fueron los blancos quienes se las vendían. Que ellos estaban en sus tierras y fueron los blancos los que les echaban. Que cuando un indio da su palabra no hay quien se la haga romper. Y al propio tiempo, que, como en todas partes, había indios mezquinos, ruines; que no por el solo hecho de pertenecer a esta raza, todos eran angelitos.

Para mí era un auténtico placer sumergirme en estas historias, asistir con ojos maravillados a tantos hechos, a tantas situaciones donde la vida y la muerte se hallaban en constante pulso y casi siempre a merced de los sentimientos y traiciones/valentías de unos y de otros. Las descripciones —naturales, sin aspavientos—, permitían meterte bajo la piel del personaje y sentir junto a él todo aquel caudal de emociones.

Pero sin darme yo cuenta, Karl May me descubrió algo que, ahora, con ojos de adulta, valoro aún más por lo que me ha aportado como persona: en aquellos tiempos, yo simultaneaba la lectura de estos libros con mi otra gran

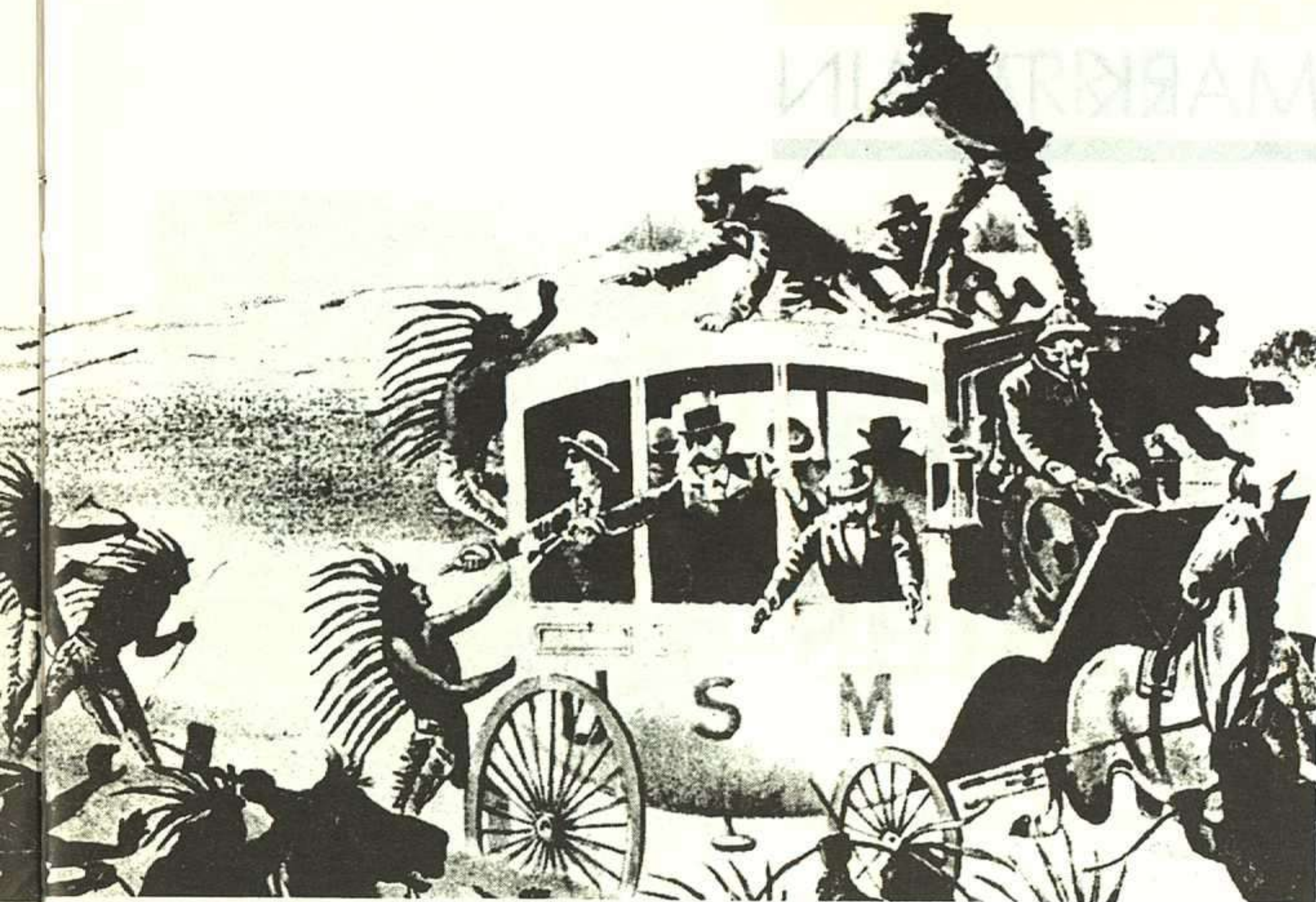


pasión: el cine. Por el afortunado hecho de tener mi familia amistad con el propietario del cine del barrio, tenía paso franco a la sala. Yo era una niña-sesión-continua. Los años cincuenta fueron los años dorados del *western*. John Wayne, Richard Widmark, Burt Lancaster, Glenn Ford, Errol Flynn, James Stewart, Gary Cooper... eran de los que no perdonaban, cruzaban el desierto de Arizona en empolvadas diligencias o se enfrentaban solos ante el peligro y morían con las botas puestas.

Ante mis muy abiertos ojos, desfilaron con imágenes casi los mismos personajes, los mismos escenarios y las mismas historias que luego encontraba en mis amados libros.

Pero había una diferencia, una enorme diferencia: los indios que se peleaban a golpes de *tomahawks* con los rostros pálidos, eran, indefectiblemente, bestias sanguinarias; salvajes sin corazón ni escrúpulos que golpeaban cráneos de viejas y niños, y aullando de placer, cortaban los *scalps* de los blancos. Y los blancos, eran inocentes colonos y justos cazadores que tenían la sagrada misión de limpiar el territorio por el que pasaban, de tanta ferocidad roja.

Yo no lo entendía. Los indios no eran como los presentaban ahí. No eran esas bestias sanguinarias que mataban por puro placer. Los indios sólo defendían su tierra, sus costumbres,



JACK RENNERT.

sus mujeres, sus *wigwams*. Yo lo sabía, los conocía. Sabía de su honor y su actitud hacia los animales, a los que cazaban para alimentarse, y que, precisamente por esto, los respetaban.

Me sentía confundida y muy dolida. Cuando los otros niños en el cine chillaban de alegría cuando John Wayne al frente de su Séptimo de Caballería llegaba en el momento justo de hacer la gran carnicería, yo lloraba. No lo podía evitar. ¡Sentía una impotencia tan grande, y tal confusión...! Y, cuando podía, lo decía, les decía a mis amigos, que eso no era así, que los indios no eran tan malos, que eran los blancos los culpables de todo. Y a veces llegaba incluso a las manos y a los pies en mis intentos de reivindicación.

Empecé a entenderlo de mayor. Cuando descubrí qué era Hollywood y quién hacía las películas, los *westerns*.

Entonces comprendí —y lo comprendo mucho más ahora—, que en todos los casos, sean insignificantes, sean de vital importancia, es necesario saber, conocer siempre «la otra parte»; que de todas las historias, chismes, bolas, especulaciones, versiones... que te encuentras, explican, oyes, lees, te enteras..., siempre hay otra cara, otra versión, otro punto de vista, y que por ello no existe la verdad absoluta, sino, como máximo, la de una misma, y aun está condicio-

nada por la poca o mucha información que tengas sobre el tema.

Probablemente esta pasión total que me produjo en su momento mi autor, mi amigo, me influyó en mi forma de entender la literatura y, como he dicho, por extensión, en mi escala de valores y en mi maduración como persona. Así pues, para mí la literatura es una enorme ventana, un entrañable vehículo hacia otras formas de vivir y sentir; ser y actuar con todo el amplio abanico de reacciones humanas que ello supone. Es un instrumento de contraste interior; es un apoyo moral; es una fuente de información; es un participar, es un gozo, es un placer, e incluso puede llegar a ser —para mí lo fue— una obsesión.

Reconozco pues a Karl May como mi autor, mi muy querido y respetado autor. Tengo tanto que agradecerle...

Crecí sintiendo que dentro de mí se afianzaba sólidamente la opción que en su momento hice: entre el mensaje del celuloide y el de las páginas amarillentas de unos libros que se vendían a duro el volumen, me quedé con la verdad de Karl May. Yo entonces no sabía exactamente en qué lado me estaba alineando, pero sí sabía que no podía estar de acuerdo con John Wayne y su Séptimo de Caballería.

Con los años, poco a poco, empezaron a perfilarse pinceladas de reivindicación del pueblo de los pieles

rojas. Richard Harris fue un Hombre llamado Caballo y a Dustin Hoffman se le conoció durante un cierto tiempo como un Pequeño Gran Hombre.

Por ello no puedo dejar de confesar que para mí fue un auténtico placer y una honda satisfacción presenciar en la televisión (de madrugada y en directo, precisamente porque había este tema en juego) la última entrega de los Oscar de Hollywood. Y cuando a *Bailando con lobos* le fue concedido el Oscar a la mejor película, me emocioné. Y cuando Kevin Costner, acompañado de no sé qué gran jefe sioux, alzó la estatuilla en señal de victoria, me sentí ahí, con ellos.

Después cerré la televisión y fui al estante donde guardo mis tesoros literarios y cogí con cariño *En la boca del lobo*, y me di a mí misma la gratificación de leer uno de los últimos párrafos, el que me provocaba, en aquel entonces, un chorro de lágrimas:

«Desapareció, pues, el testamento del apache, lo mismo que su autor y lo mismo que desaparecerá toda la raza india, sin alcanzar el gran objeto de su existencia. Así como los fragmentos del testamento de Winnetou se diseminaron por el aire, así, sin apoyo ni descanso, se desparramaba también el hombre rojo por las sabanas inmensas que antes constituyeron su propiedad y su patria. Mas el viajero que al pie de los montes Gros-Ventre, a orillas del Metzur, contemple la tumba de Winnetou, tendrá que exclamar conmigo: 'Aquí yace un piel roja, que fue un gran hombre'.»

Y, novelera como soy, pensé que aquella noche John Wayne, ¡por fin! no había llegado a tiempo, y los indios habían logrado también ¡por fin! su esperada victoria. Y dejé el libro en su lugar con la sensación de haber leído el final de una historia que había empezado a leer hacía más de treinta años. ■

Notas

1. *La venganza de Winnetou*, p. 28.
2. *En la boca del lobo*, p. 13.
3. *En la boca del lobo*, p. 10.
4. *La venganza de Winnetou*, p. 22.

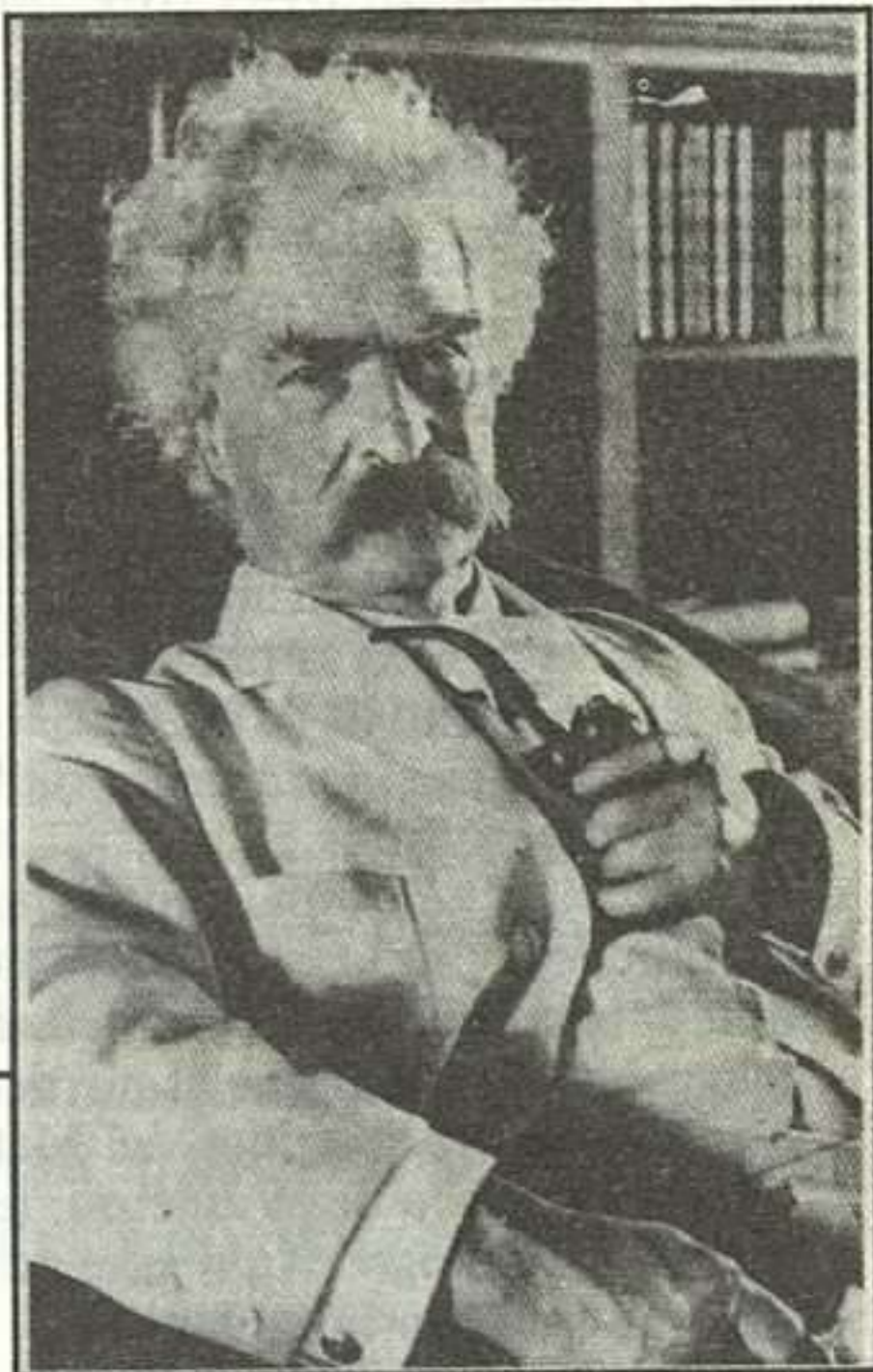
KARL MAY
MARK TWAIN

Mañana, al fin, seremos piratas

por Juan Farias



TRUE W. WILLIAMS.



Mark Twain.



Juan Farias.

Huckleberry Finn

Tú, yo y las hadas, los seres diminutos y el gigante imposible de medir, lo que tocas y lo que no puedes ver, lo que se explica y los milagros, todo eso y más, es parte de la Creación. Mal sentido el sentido común.

Yo he bailado, y mucho, tanto con lo real como con los sueños. Tengo amigos vivos, con D.N.I y deseos. Tengo amigos muertos y los envidio porque ellos ya saben la respuesta. Tengo amigos imaginarios y ellos también me acompañan. Con estos últimos

aún sé hacer cosas imposibles. Si mi edad natural ya no me permite ser gaviero de mesana, mi memoria me lo consiente y me anima, con su ayuda puedo trepar a los robles, nadar entre tiburones, escapar río abajo, en una balsa, fumando una pipa de maíz mientras hago planes con un amigo negro y un muchacho descalzo, de buena sangre, hijo de un borracho, un muchacho libre y valiente, atrevido y supersticioso, mi buen amigo Huck. Hace ya muchos años que él y yo dejamos lo que está escrito, saltamos fuera, por la última página, para seguir viviendo. Ahí vamos, vida arriba, robando manzanas para engañar al hambre, confiados en que mañana, al fin, seremos piratas.

Sin Huck y otros, sin Lázaro y Alicia, sin tantos, yo, sin duda, sería otra persona, a lo mejor obsesionado por cambiar de coche o ascender. Si soy como creo que soy, se lo debo a ellos, a algún amigo, a algún amor y a esas tantas cosas que alientan a los sueños. ■